

—Registradme y encontrareis el reloj y una bolsa; tomadlos.

Ya los tenia en su poder el desconocido, pero fingió que cumplia los deseos del moribundo.

—No los teneis en los bolsillos, le contestó.

—Me los han robado, pues, replicó el oficial; lo siento; hubiera sido para vos.

Se oian más claros cada vez los pasos de la patrulla.

—Viene gente! exclamó el vagabundo, disponiéndose á huir.

El oficial, levantando el brazo con gran esfuerzo, le detuvo.

—Me habeis salvado la vida. ¿Quién sois?

El vagabundo le respondió con rapidez y en voz baja:

—Pertenezia, como vos, al ejército francés; tengo que dejaros, porque si me cogiesen me fusilarian. Ya que os he salvado la vida, componeos como podais.

—Qué graduacion teneis?

—Sargento.

—Cómo os llamais?

—Thénardier.

—No olvidaré vuestro apellido, y vos conservad el mio. Me llamo Pontmercy, le contestó el oficial.

LIBRO SEGUNDO.

El navío "Orion".

I.

El número 24.601 se convierte en el número 9.430.

Capturaron otra vez á Juan Valjean. Séanos permitido pasar rápidamente sobre detalles dolorosos. Vamos á limitarnos á reproducir dos sueltos que publicaron los periódicos de aquella época, pocos meses despues de los sorprendentes acontecimientos que ocurrieron en Montreuil-sur-Mer.

Estos artículos son bastante concisos, porque, como es sabido, no existia aun en aquel tiempo la *Gaceta de los tribunales*.

La *Bandera blanca* del 25 de Julio de 1823 decia:

"Un distrito del departamento del Pas-de-Calais acaba de ser teatro de un acontecimiento extraordinario. Un hombre forastero, llamado el señor Magdalena, habia dado gran impulso de al-

gunos años á esta parte, por medio de procedimientos nuevos, á la antigua industria local de la fabricacion de azabaches y de abalorios negros, con la que hizo su fortuna y enriqueció á la ciudad. Para compensar sus servicios le nombraron alcalde de ella. La policia acaba de descubrir que dicho Magdalena era un antiguo presidiario, escapado de Tolon, que fué condenado por robo en 1796, y que se llama Juan Valjean.

"Juan Valjean ha sido reinstalado en el presidio. Parece que antes de ser capturado consiguió sacar de casa de Laffitte la cantidad de más de medio millon de francos, que tenia colocados en dicha casa, y que, segun se dice, habia ganado legítimamente. No se ha podido saber dónde ocultó esa suma Juan Valjean antes de volver á ingresar en el presidio de Tolon."

El segundo artículo, algo más extenso, se publicó en la misma fecha en el *Diario de Paris*. Decia así:

"Acaba de comparecer ante el tribunal criminal del Var un antiguo licenciado de presidio, llamado Juan Valjean, con circunstancias tan extraordinarias que han llamado justamente la atencion. Este criminal consiguió burlar la vigilancia de la policia cambiando de nombre, y consiguiendo que le nombraran alcalde de una de las pequeñas ciudades del Norte, en la que habia establecido un comercio de mucha consideracion. Por fin fué desenmascarado y preso, gracias al celo infatigable de la autoridad. Tenia por concubina á una mujer pública que estaba muy enferma y murió de sobresalto al saber que iban á encerrarle en la prision. Este miserable, dotado de fuerza hercúlea, encontró el medio de evadirse; pero tres ó cuatro dias despues de su evasion la policia consiguió apoderarse de él otra vez en el momento en que subia en uno de los carruajes que van desde la capital á Montfermeil. Dícese que aprovechó el intervalo de esos tres ó cuatro dias de libertad para retirar una suma considerable que tenia colocada en casa de uno de los principales banqueros, que importa, segun se dice, de seiscientos á setecientos mil francos. Si hemos de dar crédito á la acusacion, debe haber enterrado esa suma en sitio que él solo conoce, porque no se ha podido encontrar. Juan Valjean acaba de comparecer ante el tribunal del Var, acusado de robo en un camino y á mano armada, hace cerca de ocho años, cometido en la persona de uno de esos jóvenes



honrados que, como dijo el patriarca de Ferney en versos inmortales,

«*Todos los años vienen de Saboya
para limpiar con sus expertas manos
el hollin de las altas chimeneas.*»

„El citado criminal renunció á defenderse; pero probó el hábil y elocuente órgano del ministerio público que habia complicitad en el robo perpetrado, y que Juan Valjean formaba parte de una cuadrilla de ladrones establecida en el Mediodía. En su consecuencia, Juan Valjean fué declarado culpable y condenado á pena de muerte. El reo se negó á entablar el recurso de casacion, y la sentencia se hubiera ejecutado si el rey, en su inagotable clemencia, no se hubiera dignado conmutar la última pena por la de cadena perpétua. Juan Valjean fué conducido inmediatamente al presidio de Tolon.»

Recordará el lector que Juan Valjean observaba en Montreuil-sur-Mer costumbres religiosas; por lo que algunos periódicos, entre otros *El Constitucional*, atribuyeron la conmutacion de la pena á un triunfo que habia conseguido el partido clerical.

Juan Valjean cambió de número en el presidio. Se llamó esta vez el 9.430.

Por otra parte, digámoslo para no volverlo á repetir, con el señor Magdalena desapareció la prosperidad de Montreuil-sur-Mer. Se realizó lo que él previó en aquella noche de vacilacion y de fiebre: faltando él, faltó el alma á la ciudad. Cuando cayó verificóse en ella el reparto egoista de la herencia de las grandes existencias caidas, el fatal desmenuzamiento de las cosas florecientes, que se efectúa todos los dias oscuramente en la comunidad humana y que la historia solo una vez consigna, porque se ejecutó despues de la muerte de Alejandro. Los lugartenientes se hacen reyes; los contramaestres se hicieron fabricantes. Surgieron las rivalidades envidiosas. Cerráronse los vastos talleres del señor Magdalena; cayeron en ruinas los edificios y los obreros se dispersaron. De éstos, unos abandonaron el pais y otros el oficio.

Desde entonces todo se hizo en pequeño, en vez de hacerse en gran escala, y en vez de ser para el beneficio general, fué para el lucro personal. Ya no hubo centro; la competencia y el encarnizamiento aparecieron por todas partes. Magdalena lo dominaba y lo dirigia todo. Cuando cayó, cada uno se fué por

su lado; el espíritu de lucha sucedió al espíritu de organizacion; la aspereza á la cordialidad; el odio de unos contra otros á la benevolencia del fundador para todos; los hilos que ató el señor Magdalena se enredaron y se rompieron.

Se falsificaron los procedimientos; se envilecieron los productos; se mató la confianza; disminuyeron las exportaciones; hubo menos ventas; menguó el salario; cerráronse los talleres y sobrevino la quiebra. La riqueza del pais se desvaneció.

Hasta el Estado se apercibió de que alguien se habia arruinado en alguna parte. No habian transcurrido aun cuatro años desde la ausencia de la ciudad de Juan Valjean, cuando ya los gastos de recaudacion del impuesto del distrito de Montreuil-sur-Mer eran dobles, y el ministro Villèle hacia esta observacion desde la tribuna en el mes de Febrero de 1827.

II.

En el que se leerán dos versos que son quizás del diablo.

Antes de seguir más adelante, es conveniente referir algunos pormenores de un hecho singular que en la misma época sucedió en Montfermeil y que coincide con ciertas conjeturas del ministerio público.

Hay en la comarca de Montfermeil una supersticion muy antigua, que es muy curiosa y muy rara, porque una supersticion popular en las cercanías de Paris es como un áloe en la Siberia. Somos de los que respetan todo lo que está en el estado de planta rara. Consiste la supersticion de Montfermeil en creerse allí que el diablo, desde tiempo inmemorial, ha escogido aquella selva para enterrar sus tesoros. Las sencillas mujeres de aquel pais afirman que no es raro encontrar á la caida de la tarde, en los sitios apartados del bosque, á un hombre negro, con traza de carretero ó de leñador, calzado con zuecos, vestido de pantalon y saco de lienzo y fácil de conocer, porque en vez de sombrero ó gorra lleva en la cabeza dos cuernos grandes. Es, en efecto, un buen distintivo para conocerle. Este individuo se ocupa habitualmente en abrir hoyos en la tierra. Hay tres modos de sacar partido de este encuentro. El primero consiste en llegarse hasta el hombre y hablarle, y así se vé que es verdaderamente un aldeano, y que si aparece negro es por efecto del

crepúsculo; que no hace ningun agujero, sino que corta yerba para sus vacas, y que lo que se creían cuernos era una horquilla para remover el estiércol que lleva á la espalda, y cuyos dientes, por efecto de la perspectiva de la noche, parecían salirle de la cabeza. El que lo encuentra se vuelve á casa y se muere al cabo de una semana. El segundo método consiste en observarle, esperar que concluya de abrir el hoyo, que lo vuelva á cubrir y que se vaya; luego ir corriendo al hoyo, destapararlo y coger el tesoro que el hombre negro ha depositado en él. El que así obra se muere al cabo de un mes. El tercer método consiste en no hablar al hombre negro, no mirarle y echar á correr á escape. El que esto hace muere al cabo de un año.

Como los tres métodos tienen sus inconvenientes, generalmente se adopta el segundo, que ofrece al menos la ventaja de poseer un tesoro, aunque no sea más que un mes. Los hombres atrevidos, que intentan toda clase de aventuras, han abierto, según se dice, muchas veces los hoyos que hace el hombre negro, intentando robar al diablo. Pero esta operación no ha producido grandes resultados, si se dá crédito á la tradición y particularmente á los dos versos escritos en latin bárbaro, que dejó sobre este asunto un pícaro fraile normando, con sus puntas y ribetes de brujo y que se llamaba Trifon. El fraile Trifon está enterrado en la abadía de San Jorge de Bocheville, cerca de Ruan, y de su sepultura nacen sapos.

Para sacar la tierra de dichos hoyos se tienen que hacer esfuerzos supremos, porque están muy hondos. Se suda, se cava, se trabaja toda la noche (porque esto se hace de noche), se gasta toda la luz, se mella el azadon, y cuando se llega al fin del hoyo, cuando se pone la mano sobre el tesoro, se encuentra á veces una moneda de cobre, á veces un escudo, una piedra, un esqueleto, un cadáver destilando sangre; en unas ocasiones un espectro doblado por cuatro partes, como un pliego de papel en una cartera; en otras ocasiones no se encuentra nada. Esto es lo que anuncian á los curiosos indiscretos los versos de Trifon:

*Fodit, et in fossa thesauros condit opaca,
as, nummos, lapides, cadaver, simulacra nihilque.*

Parece que en la actualidad se encuentra también en dichos hoyos, ya un frasco de pólvora con balas, ya una baraja de naipes grasientos y chamusca-

dos, que indudablemente han jugado con ellos los demonios. Trifon no menciona los dos últimos hallazgos, y no parece que el diablo debia inventar la pólvora en tiempos anteriores á Rogerio Bacon, ni las cartas en los anteriores á Carlos VI. El que juega con dicha baraja tiene la seguridad de perder lo que posee, y la pólvora del frasco tiene la propiedad de hacer reventar el fusil en la cara del que lo dispara.

Muy poco tiempo despues de la época en que el ministerio público creyó que Juan Valjean, durante la evasión de algunos días, habia vagado por los alrededores de Montfermeil, se observó en la citada aldea que un antiguo peon caminero, que se llamaba Boulatruelle, hacia frecuentes visitas al bosque. Sabian en el país que dicho peon estuvo en presidio tiempo atrás, que le vigilaba la policía, y como no encontraba trabajo en ninguna parte, la administración le empleaba de peon en el camino vecinal de Gagny á Lagny, dándole exiguo jornal.

La gente del país miraba de reojo á Boulatruelle, que, á pesar de ser muy humilde y respetuoso con todo el mundo y de temblar y sonreír ante los gendarmes, estaba afiliado á una partida de malhechores, según decía la voz pública, sospechando que se emboscaba al anochecer en alguna espesura de los bosques. Solo tenia en su favor la circunstancia de ser borracho.

Hé aquí en lo que se fijaron los curiosos de la aldea.

Hacia ya algun tiempo que Boulatruelle dejaba muy temprano su trabajo y se marchaba al bosque con el azadon. A la caída de la tarde le encontraban en los claros más desiertos ó en las malezas más espesas, buscando, al parecer, algun objeto, y muchas veces abriendo hoyos. Las mujeres que pasaban por allí á primera vista creían que era Belcebú; fijándose más, conocían que era Boulatruelle; pero no se quedaban por eso más tranquilas. Semejantes encuentros contrariaban al peon caminero, indicio visible de que procuraba ocultarse y de que obraba misteriosamente.

Decían en la aldea:—“No cabe duda de que el diablo se ha aparecido, porque Boulatruelle lo ha visto y lo busca. Se ha empeñado en atraparlo el tesoro.” Los volterianos añadían:—“¿Será el diablo el que atrape á Boulatruelle ó Boulatruelle el que atrape al diablo?” Las viejas pasaban todo el camino haciendo la señal de la cruz.

Poco tiempo despues cesaron las visitas del peon caminero al bosque y volvió á trabajar hasta entrada la noche, por lo que ya en la aldea no se ocuparon de esto.

Sin embargo, la curiosidad de algunos no quedó satisfecha, creyendo que en este asunto no existirían probablemente los tesoros fabulosos de Lucifer, pero sí alguna respetable cantidad, más real que los billetes de Banco del diablo, y cuyo secreto acaso habia sorprendido el peon caminero. Los vecinos de la aldea más curiosos eran el maestro de escuela y el bodeguero Thenardier, que era amigo de todo el mundo y que no desdénaba la compañía de Boulatruelle.

—Dicen que ha estado en presidio? decía Thenardier. Dios mio! ¿quién sabe si nosotros caeremos mañana en semejante desgracia!...

Una noche, que aseguraba el maestro de escuela que en otros tiempos la justicia habria averiguado lo que iba á hacer Boulatruelle en el bosque, obligándole á hablar, por ejemplo, por medio del tormento del agua, Thenardier le dijo:—Pues á ver si habla dándole el tormento del vino.

Así lo hicieron, dándole de beber bastante cantidad de vino añejo; pero el peon caminero bebió mucho y habló poco. Combinó con admirable arte y en proporcion magistral la sed del gloton con la discrecion del juez. Sin embargo, á fuerza de volver á la carga y de compaginar y de estrujar las pocas palabras oscuras que se le escaparon, Thenardier y el maestro de escuela creyeron comprender lo siguiente:

Una mañana, al ir Boulatruelle á trabajar, cuando apenas amanecía, se quedó sorprendido al ver en un recodo del bosque, y entre la maleza, una pala y un azadon, ocultos al parecer. Creyó que serian del tío Six-Fours, el aguador, y ya no pensó en ellos. Pero la noche del mismo día vió, sin ser visto, por taparle un árbol corpulento, á un individuo que no era del país, y que por el camino se dirigia á la parte más enmarañada del bosque, á cuyo individuo Boulatruelle conoció muy bien. Este individuo, según la interpretación de Thenardier, seria un compañero de presidio. Boulatruelle se negó á pronunciar su nombre. Dicho individuo llevaba un paquete de forma cuadrada, que debia ser ó una caja grande ó un cofre pequeño. Boulatruelle se sorprendió al reconocer al hombre del paquete, por lo que hasta siete ú ocho

minutos despues no le ocurrió la idea de seguirle. Era ya tarde cuando esto le ocurrió, y el hombre se habia internado ya en la espesura del bosque; era de noche y no le hubiera podido alcanzar. Entonces se decidió á observar desde la orilla del bosque. Apareció la luna en el horizonte, y dos ó tres horas despues vió salir al hombre entre la maleza, sin la caja y con una pala y un azadon. Boulatruelle le dejó pasar sin acercársele, porque sabia que dicho individuo era tres veces más fuerte que él, y estando armado, al reconocerle, probablemente lo hubiera pasado mal. Cariñoso encuentro de dos camaradas que vuelven á verse despues de mucho tiempo. La pala y el azadon fueron un rayo de luz para Boulatruelle; fué á buscarlos donde los vió por la mañana y ya no estaban allí, de lo que dedujo que el hombre dentro del bosque abriría un hoyo en la tierra con el azadon y volvería á cerrar el hoyo con la pala. El cofre era demasiado pequeño para encerrar un cadáver; debia, pues, encerrar dinero. De esta idea provinieron sus pesquisas. Exploró, sondeó, escudriñó todo el bosque por todas partes donde le parecia que habian removido la tierra recientemente, pero todo fué en vano. No consiguió pescar nada.

Nadie volvió á ocuparse de este suceso en Montfermeil. Solo algunas viejas dijeron:

—Tened por seguro que el peon caminero por algo ha movido esta gresca; indudablemente debe habersele aparecido el diablo.

III.

El salvador.

A fines de Octubre del año 1823 los habitantes de Tolon vieron entrar en el puerto, lanzado por el temporal y para reparar algunas averías, el navío *Orion*, que más tarde dedicaron en Brest á navío-escuela, y que entonces formaba parte de la escuadra del Mediterráneo.

A pesar de estar averiado dicho buque, porque el mar lo maltrató, hizo gran efecto al entrar en la rada. Llevaba no sabemos qué pabellon, que le tuvieron que saludar disparando once cañonazos, á los que él contestó con otros once. Se calcula que en salvas, cortesías reales y militares, cámbios de ruidos cortesés, formalidades de radas y fortalezas, saludos de los buques de guerra al salir

y ponerse el sol, etc. etc., gasta en pólvora el mundo civilizado en toda la tierra, cada veinticuatro horas, ciento cincuenta mil tiros de cañon inútiles. Calculando á seis francos por tiro, importan novecientos mil francos cada día y trescientos millones al año, que se convierten en humo. Entre tanto los pobres se mueren de hambre.

El año 1823 lo llamó la Restauracion "la época de la guerra de España." Esta guerra encerró muchos acontecimientos en uno solo y muchas singularidades: fué un gran asunto de familia para la casa de Borbon; la rama de Francia socorrió y protegió á la de Madrid, es decir, ejecutó un acto de primogenitura. Fué un retroceso á las tradiciones nacionales obligado á la servidumbre y á la sujecion de los Gabinetes del Norte; el duque de Angulema, al que los periódicos liberales llamaban el *héroe de Andújar*, comprimió con actitud triunfal, algo contrariada por su aspecto pacífico, al antiguo terrorismo, demasiado real, del Santo Oficio, que estaba en lucha con el terrorismo quimérico de los liberales: los *sans-culottes* resucitaron, con espanto de las viejas aristócratas, bajo el nombre de *descamisados*; el monarquismo se oponía al progreso, calificándole de anarquía; quedaron bruscamente interrumpidas en su trabajo de zapa las teorías de 1789; un *jalto!* europeo intimó á la idea francesa que daba la vuelta al mundo; al lado del hijo de Francia, generalísimo, el príncipe de Carignan, despues Carlos Alberto, se alistaba en la cruzada de los reyes contra los pueblos como simple granadero; los soldados del imperio volvieron á entrar en campaña despues de ocho años de reposo, viejos, tristes y con la escarpela blanca; un puñado heroico de franceses agitaba en el extranjero la bandera tricolor, como treinta años atrás agitaban en Coblenza la bandera blanca; los frailes se confundieron con los militares; las bayonetas restringieron el principio de libertad y de novedad; sofocaban los principios á cañonazos; la Francia deshacia con las armas lo que habia hecho con sus ideas; los jefes enemigos eran hombres vendidos; los soldados titubeaban; las ciudades se sitiaban con millones; casi no habia riesgos militares, pero sí explosiones posibles; poca sangre vertida, poco honor conquistado, vergüenza para algunos y gloria para nadie. Tal fué la citada guerra, que promovieron príncipes que descendian de Luis XIV y que dirigieron generales

que procedian de Napoleon. Consiguió la triste suerte de no recordar ni la gran guerra ni la gran política.

Hubo algun notable hecho de armas: la toma del Trocadero fué una buena accion militar; pero en conjunto, repetimos que las trompetas de esa guerra produjeron sonido cascado; el total fué sospechoso y la historia reprueba la conducta de Francia, que aceptó con gran dificultad este triunfo falso. Parecia evidente que algunos oficiales españoles encargados de la resistencia cedieron con demasiada facilidad, desprendiéndose de la victoria la idea de corrupcion; parecia que Francia ni ganaba á los generales ni las batallas, y el soldado vencedor regresó humillado. Guerra fué que en vez de engrandecer empuñaba á los vencedores, porque podia leerse *Banco de Francia* en los pliegues de su bandera. Los soldados de la guerra de 1808, sobre los que se habia formidablemente desplomado Zaragoza, fruncian el ceño en 1823 al ver abrirse ante ellos fácilmente las ciudadelas, y echaban de menos á Palafox. Preferible es al ardimiento de la Francia tener enfrente á Rostopchine que á Ballesteros.

Bajo otro punto de vista más grave, en el que es conveniente insistir, esa guerra, que lastimaba en Francia el espíritu militar, indignaba al espíritu democrático, porque era una empresa de esclavizamiento. El objeto que llevaba en esa campaña el soldado francés, hijo de la democracia, era conquistar el yugo para otro pueblo. Repugnante contrasentido. El destino de Francia es desperstar el espíritu de los pueblos, no sofocarlo. Desde 1793 todas las revoluciones de Europa son hijas de la Revolucion francesa: la libertad irradia de Francia; es un hecho solar y es ciego el que no lo vé, como dijo Bonaparte.

La guerra de 1823, que fué un atentado á la generosa nacion española, fué al mismo tiempo otro atentado á la Revolucion francesa. Francia acometió esa agresion monstruosa á la fuerza; porque exceptuando las guerras libertadoras, todas las demás las hacen á la fuerza los ejércitos, y lo indica la frase *obediencia pasiva* que los mueve. El ejército es una obra magistral de combinacion, obra extraña, en la que la fuerza resulta de una cantidad enorme de impotencia. Solo así se explica la guerra hecha por la humanidad contra la humanidad, á pesar de la humanidad.

Respecto á los Borbones, les fué fatal

la guerra de 1823. La tomaron por un triunfo. No vieron el peligro que hay en hacer matar una idea por medio de una consigna. En su candidez se equivocaron, hasta el punto de introducir para su establecimiento, como elemento de fuerza, la inmensa debilidad de un crimen. En su política entró el espíritu de asechanza, y 1830 germinó en el seno de 1823. La guerra de España vino á ser en sus consejos un argumento en favor de los golpes de fuerza y en favor de las aventuras de derecho divino, y restableciendo Francia *el rey neto* en España, bien podia restablecer el rey absoluto en su nacion. Los Borbones cometieron la temible equivocacion de tomar la obediencia del soldado por el consentimiento de la nacion. Esa confianza les hizo perder los tronos. Es pernicioso dormirse á la sombra del manzanillo y á la sombra del ejército.

Volvamos al navio *Orion*.

Durante las operaciones del ejército, que mandaba el príncipe generalísimo, cruzaba una escuadra por el Mediterráneo, y, como dijimos antes, pertenecia á ella el navio *Orion*, que acababa de entrar en el puerto de Tolon.

La presencia de un buque de guerra en un puerto tiene algo que atrae y que preocupa á la muchedumbre; sin duda es porque es grande, y á la muchedumbre le gusta todo lo grande.

El navio de línea es una magnífica combinacion del génio del hombre con el poder de la naturaleza. El navio de línea se compone de lo más pesado y de lo más ligero, porque tiene que haberse las á un mismo tiempo con las tres formas de la sustancia, la sólida, la líquida y la flúida, y ha de luchar con las tres. Tiene once garras de hierro para asir el granito en el fondo del mar, y más alas y entenas que un coleóptero para tomar el viento en las nubes. Su aliento sale por sus ciento veinte cañones como por enormes clarines, y contesta al rayo con orgullo.

El Océano procura extraviarlo con la pavorosa semejanza de sus olas; pero el navio tiene su alma, que es la brújula, que le aconseja y que le indica siempre el Norte. En las noches oscuras, sus farales sustituyen á las estrellas. Contra el viento tiene la cuerda y la lona; contra el agua, la madera; contra la roca, el hierro, el cobre y el plomo; contra la sombra, la luz; contra la inmensidad, la aguja.

Para formarse idea de las proporcio-

nes gigantescas cuyo conjunto constituye el navio de línea, hay que entrar en una de las calas cubiertas de seis pisos de los puertos de Brest ó de Tolon. Los buques en construccion están, por decirlo así, bajo una campana. Aquella viga colosal es una verga; aquella gruesa columna de madera echada en el suelo y que se pierde de vista es el palo mayor. Midiéndole desde su raiz en la cala hasta su elevadísima cima, tiene sesenta toesas de longitud y tres piés de diámetro en la base. El palo mayor inglés se eleva á doscientos diez y siete piés por encima de la línea del agua. La marina de nuestros padres empleaba cables; la nuestra emplea cadenas. El simple monton de cadenas de un navio de cien cañones tiene cuatro piés de altura, veinte de longitud y ocho de latitud. Para construir un navio de esta clase se necesitan tres mil metros cúbicos de madera. Es un bosque flotante.

Esto se refiere solo á un buque de guerra de hace cuarenta años, que era un barco sencillo de vela; el vapor, que estaba entonces en su infancia, añadió despues nuevos milagros á ese prodigio que se llama navio de guerra. En la actualidad, por ejemplo, el navio de vapor de hélice es una máquina sorprendente, arrastrada por un velámen de tres mil metros cuadrados de superficie y por una caldera de la fuerza de dos mil quinientos caballos.

Dejando aparte las maravillas modernas, la antigua nave de Cristóbal Colon y de Ruyter fué una de las obras magistrales del hombre, que, inagotable en fuerza, como el infinito en soplos, almacena el viento en su vela, la mantiene fija en la inmensa difusion de las olas y en ellas flota y reina.

Llega, sin embargo, un momento en que una ráfaga rompe como si fuese una paja la verga de sesenta piés de longitud, en que el viento doblega como un junco el mástil de cuatrocientos piés de altura; llega un instante en que el áncora, que pesa diez mil libras, se tuerce en la garganta de la ola como el anzuelo del pescador en la quijada de un sollo, en el que todo el poder y toda la majestad del buque se abisman en un poder y una majestad superiores. Hace pensar á los hombres ver que se despliega una fuerza inmensa que termina en una inmensa debilidad. Por eso abundan los curiosos en los puertos alrededor de esas maravillosas máquinas de guerra y de navegacion, sin que ellos mis-

mos se expliquen satisfactoriamente el motivo.

Todos los días, desde la mañana hasta la noche, se veían atestados los muelles, los diques y las escolleras del puerto de Tolon de una multitud de curiosos y de desocupados, sin otra ocupación que la de mirar al navío *Orion*.

El *Orion* era un buque averiado desde hace mucho tiempo. En sus navegaciones anteriores se habían amontonado en su quilla espesas capas de mariscos, que le hacían perder la mitad de su andar. Dejaron al navío en seco el año anterior para rasparle los mariscos y después le botaron otra vez al agua; pero las raspaduras alteraron los pernos de la carena, y al llegar á la altura de las Baleares el bordaje interior se había fatigado y abierto. Como el forrado no se hacía entonces con chapa metálica, el buque comenzó á hacer agua. Sobrevino violento vendaval del equinoccio, que desfondó á babor la roda y la portañola y deterioró el porta-obenque de mesana, y á consecuencia de estas averías el navío tuvo que regresar á Tolon.

Fondeó cerca del Arsenal, en el que le estaban armando y reparando. El casco no había sufrido nada á estribor, pero le desclavaron algunos listones de los costados para que el aire pudiese penetrar en el armazon.

La multitud, que lo contemplaba una de las mañanas, presenció un deplorable accidente.

La tripulación se ocupaba en envergar las velas. El gaviero encargado de tomar el mastelero de gavia por la parte de estribor perdió el equilibrio. Se le vió vacilar, y la multitud reunida en el muelle lanzó un grito. Al marinero se le fué la cabeza tras el cuerpo, dió vueltas alrededor de la verga con las manos extendidas hácia el abismo, cogió al paso, primero con una mano y luego con la otra, el marcha-pié y quedó colgando de él. El mar estaba debajo de aquel hombre á una profundidad vertiginosa. El sacudimiento de su caída imprimió al marcha-pié violento movimiento de columpio, y el hombre iba y venía agarrado de dicha cuerda como la piedra en una honda.

Socorrerle era correr horrible riesgo. Ninguno de los marineros, que eran todos pescadores de la costa recientemente enganchados para el servicio, se atrevía á aventurarse á auxiliarle. Entre tanto el infeliz gaviero se cansaba; no se le conocía la angustia en el

semblante, pero todos sus miembros notaban agotamiento de fuerzas. Sus brazos se retorcián muy estirados. Cada esfuerzo que hacía para subir aumentaba las oscilaciones del marcha-pié. No gritaba por miedo de aniquilar la poca fuerza que le quedaba. Los espectadores aguardaban el instante en que soltase la cuerda, y todas las cabezas se volvían al lado opuesto por no verle caer al mar. Hay momentos en los que un cabo de cuerda, un palo, la rama de un árbol salvan la vida, y es espectáculo horrible ver que un sér viviente se desprende y cae como una fruta madura.

De repente apareció un hombre que trepó por el aparejo con la agilidad del tigre. Este hombre vestía de color rojo, lo que indicaba que era un forzado, y llevaba en la cabeza un gorro verde, señal de estar condenado á cadena perpetua. En cuanto llegó á la altura de la gavia, una ráfaga de viento se le llevó el gorro y descubrió su cabeza, enteramente cana.

Dicho individuo, que pertenecía á una cuerda de presidiarios empleada á bordo, se presentó desde el primer momento al oficial de cuarto y le pidió permiso para salvar al gaviero, arriesgando la vida al ver que no lo intentaba ninguno de los de la tripulación. Cuando el oficial le concedió el permiso solicitado, rompió de un solo martillazo la cadena sujeta á la argolla de su pié, cogió luego una cuerda y se lanzó á los obenques. Nadie se fijó en aquel momento en la facilidad con que rompió la cadena. Esta circunstancia la recordaron mucho más tarde.

En un abrir y cerrar de ojos se le vió en la verga. Se detuvo algunos segundos, en los que pareció que la media con la vista. Estos segundos, durante los que el viento columpiaba al gaviero en la extremidad de la cuerda, parecieron siglos á los que lo estaban mirando. A poco el presidiario levantó los ojos hácia el cielo y dió un paso hácia adelante. La multitud respiró. El presidiario recorrió la verga en un instante, y al llegar á la punta ató un cabo de cuerda que llevaba consigo y la dejó pendiente del otro cabo; después empezó á bajar deslizándose por la cuerda, y entonces el público sintió inexplicable angustia al ver dos hombres, en vez de uno, suspendidos sobre el abismo. Parecía el presidiario una araña lanzándose á coger una mosca; pero en este caso la araña iba á dar la vida, no la muerte.

Infinidad de miradas se fijaban en el

grupo; el mismo estremecimiento fruncía todas las cejas y no se oía ni una palabra, ni un grito; todas las bocas contenían el aliento, como si temiesen añadir el menor soplo al viento que sacudía á aquellos dos infelices.

Entre tanto el forzado había conseguido arrimarse al marinero. Ya era tiempo, porque un minuto más tarde éste, rendido y aniquilado, hubiera caído al mar. El presidiario lo amarró á la cuerda á que él se sujetaba con una mano, mientras trabajaba con la otra. Al fin se le vió volver á subir á la verga y tirar del marinero hasta que lo tuvo también en ella; le sostuvo allí un instante para que recobrase las fuerzas, después lo tomó en brazos y lo llevó andando sobre la verga hasta el tamborete, y desde allí á la gavia, en donde lo dejó en manos de sus compañeros.

La multitud prorumpió en aplausos: algunos ancianos de la chusma lloraban, las mujeres se abrazaban en el muelle, y oyéronse voces que salían de todas partes, que gritaban:

—Perdon, perdon para ese hombre!...

El presidiario entre tanto se preparaba para bajar y reunirse con la cuadrilla á que pertenecía.

Para bajar más pronto se dejó escurrir por el aparejo y echó á andar con ligereza sobre una verga baja. Todo el mundo fijaba las miradas en él. Hubo un momento en que los espectadores temieron que estuviese fatigado y que se marease, y hasta creyeron verle vacilar y bambolearse. De repente la multitud lanzó un grito; el forzado acababa de caer al mar.

La caída era peligrosa. La fragata *Algeciras* estaba anclada junto al *Orion*; el pobre presidiario cayó entre los dos buques y era de temer que hubiese ido á parar debajo de alguno de ellos.

Cuatro hombres saltaron á un bote inmediatamente. La multitud los alentaba llena otra vez de ansiedad. El forzado no subía á la superficie. Desapareció en el mar sin dejar huella. Sondearon, bucearon inútilmente. Le estuvieron buscando hasta que fué de noche y no le pudieron encontrar.

Al otro día el *Diario* de Tolon decía lo siguiente: "17 de Noviembre de 1823.—Un presidiario que trabajaba ayer con su cuadrilla á bordo del *Orion*, después de salvar la vida á un marinero, cayó al mar y se ahogó. No ha podido encontrarse su cadáver. Se cree que se habrá enredado en los pilotes de la punta del Ar-

senal. Dicho forzado estaba inscrito en el registro con el número 9.430 y se llamaba Juan Valjean."

LIBRO TERCERO.

Cumplimiento de la promesa hecha á la difunta.

I.

La cuestión del agua en Montfermeil.

Montfermeil está situado entre Livry y Chelles, en la orilla meridional de la alta meseta que separa el Ourque del Marne. Hoy es una villa de mucha población, adornada con quintas construidas de yeso, y que los domingos se llenan de vecinos alegres, sencillos y honrados. En 1823 no había en Montfermeil ni tantas casas de campo blancas, ni tantos ciudadanos satisfechos: era una aldea situada entre bosques. Solía verse en alguno que otro sitio alguna casa de recreo, edificada en el siglo anterior, que se conocía por su aspecto aristocrático, por sus balcones de hierro retorcido y por sus grandes ventanas, cuyos vidrios verdes tomaban matices diferentes sobre el color blanco de los postigos cerrados. Pero no por eso dejaba de ser Montfermeil una pobre aldea. Los mercaderes de paños retirados y los aficionados á veranear aun no la habían descubierto. Aunque estaba situada en sitio apacible y risueño, no era camino para ninguna parte y se vivía allí económicamente con la vida campestre, abundante y fácil; su única falta era que escaseaba el agua por causa de la elevación del terreno.

Era preciso ir á buscarla bastante lejos. El extremo de la aldea que está á la parte de Gagny se surtía de agua en los magníficos estanques que hay en el bosque, y el otro extremo de la aldea, que rodea la iglesia y está á la parte de Chelles, iba á buscarla á un cuarto de hora de Montfermeil.

Era, pues, trabajo pesado para cada vecino el proveerse de agua. Las casas principales, la aristocracia y el bodegon de Thenardier pagaban los cubos de agua á un hombre que se había dedicado á este oficio, en el que apenas ganaba dos reales diarios, pero solo trabajaba hasta las siete de la tarde en verano y hasta las cinco en invierno, y cuando se